

INÉS DE BOHEMIA.

Entre las piadosas enseñanzas que nos ha dejado la edad media, ninguna tal vez conmueve mas deliciosamente el corazón y ofrece al ánimo mas interesantes imágenes, que la vida de aquel amante apasionado de la pobreza y de la cruz San Francisco de Asís y de sus primeros discípulos. Exhalábase en torno de ellos un perfume de paz, de inocencia, de sencillez, de bondad, que recuerda tal vez mejor que ningún otro ejemplo la vida del Divino Maestro sobre la tierra. No viven ya, empero Jesucristo vive en ellos. Elocuentes y graciosas plumas han contado la vida de San Francisco y de sus compañeros: de Leon, la oveja predilecta de Dios; de Junípero, aquel hombre sencillo tan versado en los secretos de lo alto; de Jacopone, el penitente heroico; de Egido, á quien San Luis rey de Francia saludó con una ternura tan viva; de Pacífico, el rey de los versos, poeta célebre que ocultó bajo la pobre capucha de los frailes menores, una cabeza que habia ceñido los laureles del capitolio. Otros han contado tambien la vida de la espiritual hija de San Francisco, de Clara, la *princesa de los pobres*, la *duquesa de los humildes*, así la llamaba el vicario de Jesucristo, el papa Alejandro IV; de Clara, aquella alma bendita tan amable, entre los rigores de la penitencia, tan dulce en medio de las contradicciones y de las enfermedades, cándida hija del serafín de Umbría, y que se presenta en medio de la desastrosa época en que vivió resplandeciente de inocencia, de paz y de mansedumbre. Otros han pintado aquella flor de la soledad, aquella ilustre vírgen madre de otras vírgenes, cuyas virtudes brillan todavía entre nosotros: nosotros nos limitaremos á consagrar algunas palabras á la memoria de una de sus primeras hijas, á la cual pueden aplicarse justamente las palabras del profeta: *las hijas de los reyes corrieron al olor de sus perfumes*. Isabel de Hungría, que tambien era hija y discípula de San Francisco de Asís, acababa de morir y ya su sepulcro era glorioso entre los pueblos. Escitada por aquel admirable modelo, su tía materna Inés de Bohemia, se aprestaba á seguirla en la carrera de la penitencia y de la pobreza que habia recorrido con tanta gloria. Era hija, de Primislao-Ottocar, rey de Bohemia, y prometida esposa, á la edad de tres años, de Boleslao duque de Silesia. Aquel esposo, niño todavía, murió, y la jóven doncella que no queria mas esposo que Jesucristo, fué prometida segunda vez por la voluntad de sus padres á Enrique, hijo del emperador Federico II. Los hombres la ofrecían un trono, é Inés no deseaba mas que el último rincón en la casa de Dios. Para obtener aquel sitio tan envidiado, se consagró desde su primera juventud á la vida mas austera: bajo sus vestidos recamados de oro y pedrería, oculta un horrible cilicio y una cadena de hierro. Su cama está sembrada de puntiagudos guijarros, sus abstinencias son rigurosas y frecuentes sus ayunos. Una parte de la noche la consagra á la oración, y seguida frecuentemente de algunas piadosas compañeras, va con los pies descalzos á visitar las iglesias y venerar las santas reliquias. A la mortificación y oración añade la limosna, que la forma poderosos amigos en el cielo.

Sin embargo, aproxímase el momento de sus bodas: Federico II la reclamaba, no ya para su hijo, sino para él

mismo: la Alemania aguardaba el matrimonio, nada podia impedirlo: empero Inés habia puesto sus castos deseos bajo la proteccion de la Reina de las vírgenes; y firme con el apoyo celestial, se atrevió á declarar á sus padres y á los embajadores de Federico, su resolucion irrevocable. Federico se mostró al pronto irritado; pero de repente un sentimiento mas noble habló en su corazón y dijo:

—Si me hubiese abandonado por un mortal, hubiera tomado una terrible venganza; pero no puedo ofenderme de que se me prefiera al rey del cielo.

Habiendo quedado libre, consagróse Inés inmediatamente á aquel á quien se habia ofrecido. Fundó en Praga un monasterio bajo la regla de las clarisas ó *pobres señoras*, y se encerró allí con siete doncellas de noble nacimiento que, á su ejemplo, despreciaron las riquezas y las pompas del siglo. Esto era el año de 1236.

Hija de Clara de Asís, Inés mostró á su madre espiritual el mas tierno afecto, y recibió á su vez de ella el testimonio de aquella simpatía cristiana que los corazones unidos en Jesucristo solo conocen, y que mas tarde hacia decir al humilde y profundo autor de la *Imitacion*: «Sin mí la amistad no es sólida ni duradera, y todo afecto de que yo no sea el vínculo, no es ni verdadero ni puro.»

A despecho de la distancia, los corazones de Clara y de Inés, que encontraron en Jesucristo un centro comun, pudieron expresar sus sentimientos en una correspondencia que se ha conservado y que es un modelo de suavidad y de gracia.

Clara envió tambien á su hija Inés regalos, testimonio cordial de su afecto y de la santa pobreza que las dos habian abrazado. Una vez era una cruz de madera, un cinturón grosero, un velo y un plato de tierra ordinaria. Cuando Clara abandonó este mundo, cuando la Iglesia colocó á esta sierva del Señor sobre los altares, aquellos regalos de su indigencia se convirtieron en reliquias, y engastados en oro se los conserva religiosamente en el monasterio de Praga.

Inés vivió cuarenta y seis años bajo la regla de Santa Clara dando á sus hermanas el ejemplo de las virtudes no cesando de bendecir al Señor que la habia admitido al honor de aquella sublime pobreza. La humildad de aquella hija de reyes edificaba á sus compañeras: su caridad, su afabilidad, les sostenían en sus penas, y su oración, siempre poderosa en el cielo, obtenía milagros. Murió en 1283 rodeada de una celeste luz en Bohemia, y la Alemania la ha honrado siempre con un culto especial, aun cuando la Santa Sede no haya creído todavía deberle conceder la canonización.

Este tierno ejemplo de una hija de reyes consagrada á la mas estrecha pobreza para honrar mejor al rey inmortal de los pobres, ha encontrado muchas imitadoras entre las reinas y las princesas de la edad media.

Un atractivo misterioso las arrancaba al trono para encerrarlas en una estrecha celda de clarisas. Despues de Isabel de Hungría é Inés de Bohemia, la Francia puede citar la dulce Isabel, hermana de San Luis y fundadora del monasterio de Longchamps; la Alemania y los países slavs honran la piadosa Salomé, reina de Galiticia. Cunegunda de Polonia, Inés de Baviera, hija del emperador Luis, y las dos Constanzas de Hohenstauffen, que espieron bajo el cilicio las rebeliones de sus padres contra la Santa Sede; Portugal, da al monasterio de Santarem la hija de uno de sus reyes, sor Elena de San Antonio, cuya vida se pasa en los actos

de la caridad mas fervorosa. En España han sido muchas las hijas de reyes y las princesas de sangre real que han entrado en los monasterios de la orden de Santa Clara y hecho fundaciones de religiosas de esta orden, como se ostenta en Madrid en el célebre monasterio de las Descalzas Reales, en cuyo claustro han vivido piadosamente y muerto como santas varias de las personas reales que en él profesaron. De todas partes las mugeres mas nobles, las mas distinguidas por su gerarquía y su fortuna han acudido al instituto de Clara, donde todo conspira á domar y crucificar la naturaleza y los sentidos; santas víctimas, holocaustos de penitencia, hostias pacíficas que reparan los desórdenes de la sociedad, combatiendo por las armas de la dulzura, de la humildad y de la penitencia el espíritu de discordia, de orgullo y de voluptuosidad.

En nuestros días, el mismo espíritu subsiste, porque en el cristianismo nada se olvida, nada se pierde; empero la sociedad apenas tiene cuenta con las espiaciones que nos ofrecen esas santas vírgenes á quienes mira con ojos indiferentes, si no es hostiles, ni contempla que son víctimas que todos los días se inmolan para salvar á esta misma sociedad, recordando sin duda lo que nos refiere la Biblia de que si se hubiesen encontrado diez justos en la ciudad de Sodomá se hubiera libertado del fuego que la hizo desaparecer de la faz de la tierra.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL HOMBRE DE BUEN HUMOR.

Hágasele lo que se quiera en el mundo, no se enfadará por nada; es un buen muchacho.

(GOLDSMITH.—El hombre de buen natural.)

Desde Timon de Atenas ¿cuántos libros no se han escrito sobre el bueno y mal humor? Shakspeare antes que Moliere habia hecho un misántropo, y son misántropos tambien el *Regañon* de Bruis de Palapat y el *Tirano doméstico* ó el *opresor de su familia* de Alejandro Duval.

¿No sería, sin embargo, posible hacer todavía descubrimientos en esa region del corazon humano que se llama mal humor? y los observadores que nos han precedido ¿no han explorado la superficie de esa roca salvaje? Si así fuese, sería necesario que un hombre tétrico se encargase él mismo de descubrirnos una comarca para la que es de esencia estar aclimatado. Esto se ha hecho, empero, completamente. Un inglés melancólico en un movimiento de lucidez nos ha pintado, no las miserias de la misantropía, sino los encantos del mal humor y las delicias del carácter regañon. Este descubrimiento, ó si se quiere esta confesion sencilla, ha sido impresa en el *Fracers Magazine*.

En esas olas de caprichoso vapor, de negro humor, de reconvenções mal fundadas, de injustas sospechas, de expresiones mal sonantes que os agobian, todas las ventajas están, á juicio del inglés, por el hombre de mal humor. Cuando la causa, dice, es un carácter infeliz, raro, ó que no tiene sentido comun, debe entenderse desgraciado para

los demas, enhorabuena; pero un carácter desgraciado para sus amigos, es el mas feliz del mundo para el que lo posee.

No hablo, añade, del regañon iracundo, del hombre cójérico, violento, irritado, que se entrega á escesos en sus emociones de descontento, el hombre feliz, el rey de la sociedad es el que goza de un espíritu constante, que tiene siempre necesidad de gritar, de reñir, de jurar, y que no solo tiene semanas ó meses sombríos, oscuros y negros, sino que despliega una morosidad constante, un mal carácter en toda la estension de la palabra. A este hombre le compadecen y le miman todos; las dificultades se allanan para él; se le evitan todas las penas, todos los trabajos; de tal modo se leme su mal humor, que nada se olvida para evitarlo. Su cama se hace con cuidado, sus vestidos están colocados con simetría y limpios; encuentra en su lugar el sombrero y el baston; su comida se sirve puntual y á la hora que quiere; se evita lo que no le gusta, y nada se hace que pueda incomodarle, y hasta los mismo semblantes de los que le rodean se adaptan á sus gustos. ¿Que nos vengan á decir ahora que es digno de compasion este hombre!

Se ha escrito sobre los placeres de la imaginacion, de la memoria y de la esperanza; yo quisiera que se escribiesen los placeres del mal humor.

Siempre vamos traduciendo al escritor inglés.

«¿Veis el placer que es maldecir al mundo, despreciarle y hacerse superior á él! Nada hay que realce mas al hombre á sus propios ojos que la conviccion de que no está tratado como merece; esta idea produce un inmenso goce de orgullo, un pasmo de vanidad á que nada iguala. De todas las pretensiones, la de ser víctima es la mas placentera. No lo ignora Juan Jacobo Rousseau. ¿Cómo saboreaba la felicidad de aislarse en medio de un mundo perverso! ¿Cómo saboreaba la alegría de pensar que el mundo entero conspiraba contra él! Pasó su vida en estas investigaciones á las que debió todo lo que hoy se llama su genio. Si yo revelase la felicidad, añade el inglés, si yo dijese toda la satisfaccion que me ha valido el último acceso de mal humor y de esplin, todo el mundo me envidiaría; confieso, sin embargo, que es preciso un estudio particular del mal humor para comprender todos sus goces; sus principios tienen algunas amarguras, pero es una herida que pronto se convierte en un manantial de goces. Encontrais un amigo en la calle que da el brazo á un personaje, que supondreis es vuestro enemigo, y pasa sin saludaros. No os detengais mas que en esto. Tal vez vuestro amigo es corto de vista; tal vez hubierais debido acercaros á él; mas no vayais á hacer inútiles reflexiones; entrad en vuestra casa, y no olvidéis que en la ciencia del mal humor nada hay de insignificante, nada de ligero. Vuestro amigo no os ha hecho caso, es un ultrage capital, tanto mas, euando que daba el brazo á vuestro enemigo; os vende, os ultraja, sois horriblemente desgraciado. Recordaos entonces todos los buenos servicios que le habeis hecho, todos los que tenfais intencion de hacerle un dia, lo que constituye un total gigantesco. Recordaos lo que habríais sido para él, decíais á vos mismo; tal dia le he defendido, he sido grande y generoso; su reputacion me ha sido mas cara que la mia propia, y creo que me hubiera batido por defenderle. ¿Qué decís? el mal humor se ha cambiado ya en satisfaccion orgullosa. Seguid mas lejos: llevadle hasta la misantropía, fomentad vuestro descontento, cual la gallina fomenta y empolla un huevo; pronto os elevareis de lord By-

ron al anatema, á la maldición, á los ditirambos. Continúa siempre y no os detengais. ¡Todos vuestros amigos son pérfidos, si hay amigos! En definitiva; el honor, la fe, la generosidad, la abnegación, se refugian en una sola alma concentrada en una sola existencia; esta existencia y esta alma es la vuestra. ¿Cuál es el resultado? ¿no sois feliz en haber sido desgraciado?»

El autor inglés saca todas estas deducciones de un hecho que viene á serle propio y que analiza. Herido por uno de sus amigos, pasó del mal humor al descontento, del descontento á las ideas lúgubres y de éstas á la misantropía. En este círculo de sensaciones, experimentó mil goces en su admiración personal. Su amigo, después se ha llegado á él y le ha dado una explicación que le ha quitado todo pretexto de irritación; le ha hecho ruborizarse á sí mismo y le ha destruido todo el edificio de felicidad que hacia él de un negocio tan sencillo.

Hay un fondo de verdad en estas observaciones.

El hombre de mal humor es en efecto mucho más feliz que el hombre afable, que el hombre sociable, á quien se llama un buen hombre. Para éste no habrá más que penas; el primero se las deja á los demás. Esta reflexión me ha hecho pensar y examinarme á mí mismo. Yo soy lo que se llama un hombre de buen humor, un hombre de carácter afable, y no encuentro hasta ahora más que contradicciones, porque nadie se toma el trabajo de evitármelas. Mucho tendría que tardar si hubiese de contar todas las penalidades de mi vida. Soy casado y aun abuelo, lo que me parece siempre muy singular; si tengo un pañuelo, lo coge cualquiera de mis hijas y hacen de él un delantal ó se lo ponen en la cabeza; mi mujer me oculta la pipa en que fumo, porque soy aficionado á fumar en pipa, en razón á que el humo se infiltra en la ropa y en las habitaciones de la casa; vienen mis amigos y me piden prestados los libros y jamás se acuerdan de devolvérmelos; me dan de comer lo que quieren, lo que gusta á los demás, porque soy de buena condición y cómo cualquier cosa; los niños vienen y se apoderan de mi despacho, me revuelven los papeles para entretenerse, vierten los polvos de la salvadera, que muchas veces se equivocan y lo hacen con el tintero; no encuentro ni las plumas, ni los papeles que estoy escribiendo, y otras me hallo éstos con nombres, casitas y navíos pintados á la pluma por los nietos que frecuentemente me comen las obleas; voy á afeitarme y noto que me ha cogido el jabón cualquiera de mis hijas para lavarse con él; si estoy leyendo los periódicos, al anochecer, se empeña mi nieto Manolito, que es muy hermoso y un tiranuelo, que se ha apoderado de mis acciones, en que deje el periódico y le haga sombras chinecas, y todas las noches suele pasármese la hora de ir al teatro, entretenido con el chiquito que no se sicia de ver las sombras y exige después que pase los cristales en forma irregular para ver las figuras boca á bajo; otras veces, cuando voy á buscar un trabajo, un artículo para *El Museo*, ó alguna memoria en que he gastado seis ó siete días de continuos estudios, me la encuentro convertida en gorra de soldado ó en tronera; quiero quejarme, y todos son contra mí, reconviniéndome por haber enseñado al niño á hacer gorras y troneras; si hay un viaje, yo soy el que tengo que cargar con la cesta en que se lleva la merienda; mis guantes les vienen á todos, así es, que estoy siempre sin ellos aun cuando los compre á menudo; en la mesa tengo que

partir por más que sea un gran fastidio; pero dicen que estas son funciones de un padre de familia y me persuaden que lo soy: un día que los niños jugaban á charadas en acción, oí á mi hija que decía al nietecito: no toques al gaban de tu papá, porque se va á enfadar, tiene mal humor, y el chiquitín, tomó el del abuelo para disfrazarse de oso: otro día el chiquitín, que es un verdadero diablillo, me había cogido el sombrero, se había escapado al jardín y lo había llenado de ranas, y su hermanita había hecho igual operación con una de mis botas; de manera que al ir á salir tuve que desalojar todo aquel viviente y chillón escuadrón que se había aposentado á su pesar en los sitios donde se encaban las estremidades de mi cuerpo; pero confieso que no tuve valor para reírles.

Estos son hechos aislados que se renuevan todos los días bajo mil diversas fases. Si hay una comisión desagradable que desempeñar, hombre, dice uno, no hay que hablar á su madre que se incomoda, mejor es que éste lo haga, y me designa. Así, á las personas que tienen mal humor, nadie se queja; al hombre de buen humor, al contrario, todo el mundo se dirige á él, se le cuenta todo, se le piden favores, se exigen de él las cosas que los amigos necesitan, y nadie teme acudir á un buen carácter y excelente corazón. Se le hace ir y venir de ceca en meca, y á nadie se le ocurre fijarse en las cargas que se le echan. Por fin, yo he reflexionado y veo que el inglés tiene razón; sus reflexiones me han abierto los ojos y comienzo por no encontrar intolerables á los regañones, por no encontrar detestables á esas gentes que acaparan para sí toda la felicidad, todas las dichas de la vida humana. Fuerte con este pensamiento, he querido cambiar de modo de proceder y ser regañón para hacer que todo el mundo me mime á mi vez; mas ya me conocían, se me han echado á reír en mis barbas, y me veo condenado á permanecer hombre de buen humor como he sido toda mi vida, es decir, complaciente, víctima y siempre alegre. Sin embargo, confesaré una cosa y es, que no doy mi buen humor por el malo, considerando lo feo que esto me volvería, porque no hay cosa que ponga peor la cara que el mal humor.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS DOS PERROS.

A un lado la vida opulenta del perro de un señor; y al otro la humilde existencia del de un eriado.

El primero está solo en el gabinete de un potentado; todo cuanto le rodea recuerda la distinción del rango y de las maneras más elegantes. Aquí armaduras, antiguos recuerdos de algún ilustre guerrero, su antepasado, un precioso libro con broches, manuscritos, prueba de serios y concienzudos estudios, un collar delicadamente trabajado se destaca elegantemente de los sedosos pelos del perro del caballero.

Reparad por el contrario en su oscuro compañero: arrojado á un poste de la cocina entre un par de botas ordinarias y un grasiento sombrero, parece reasumir en su desagradable fisonomía todas las groserías, todas las desgracias. Dos huesosas patas sostienen su cuerpo, y sobre el cerco de cobre que le aprieta el cuello se alza una cabeza en que

se disputa la espresion de la bajeza á la de la malignida l. riña en la calle, y con la lengua medio sacada parece que
 Está tuerto de un ojo que ha perdido sin duda en alguna está haciendo burla del que le mira.



El perro del señor. Dibujo de Freesnau.

Estas diferencias que se notan en los dos perros, son mas | Mientras el primero, dulce, cariñoso, afable, busca las
 notables aun si se estudian sus hábitos y costumbres. | caricias del amo, obedece á la menor señal, y respeta todo

lo que se le prohíbe; el segundo regañon, astuto, acecha sin cesar su presa, y no obedece sino á golpes, y enseña los dientes hasta á los inofensivos niños. ¿Por qué tan opuestas costumbres? Preguntadlo á la educacion.



El perro del criado. Dibujo de Freesau.

En cada uno de ellos las buenas cualidades y los defectos son el resultado de una enseñanza.

Cada perro es la copia de su amo.
¿Pero los amos se han hecho á sí propios lo que son?

En sus vicios, en sus modales, en sus virtudes, ¿que parte tienen las primeras impresiones y lo que les rodea? ¿Que parte tienen las lecciones ó las necesidades?

Al apreciar los resultados en el mundo generalmente no se atiende y considera las causas.

Lo mismo á los hombres que á los perros se les juzga por lo que son, sin tratar de averiguar su procedencia.

¡Cuántas enfermedades han nacido, por tanto, de circunstancias que seria muy importante conocer, y que hubiera sido posible cambiar! ¡Cuántos desórdenes fáciles de evitar á haberse conocido su origen!

Todos los seres de una misma especie nacen con instintos comunes que modifica la casualidad, cuando á la casualidad se confía su educacion; empero la prevision humana puede dirigir y velar sobre estas modificaciones; no solo tiene un derecho, sino un deber de hacerlo.

Para esto es preciso examinar, que lo que mas generalmente falta no es la buena voluntad, sino las luces.

Querria evitarse el mal camino para los demas y para uno mismo, pero por falta de cuidado y de atencion no se le distingue, y no se reconoce el error sino al caer en el abismo.

Estas reflexiones no pueden aminorar la admiracion por los virtuosos, y hacer mas indulgente con los culpables.

Una máxima latina ha dicho antes que nosotros: *la justicia rigurosa es una injusticia rigurosa*; SUMMUM IUS, SUMMA INIURIA.

Para exigir que todos llegasen á un mismo punto, necesario seria darles las mismas piernas y el mismo punto de partida. Tratemos, pues, de no irritarnos contra el perro del collar de cobre.

Si ladra á cuantos pasen, recordemos que con frecuencia lo que recibe por enseñanza son palos y puntapiés.

¡Si no ha conocido el cariño y las caricias de nadie, cómo ha de amar!...

SANTOS GONZALEZ.

LA SFINGE.—El Egipto, comarca de Africa, seria enteramente estéril si no estuviese fecundado por las avenidas del Nilo que se derrama sobre las tierras en el estío, mientras el sol recorre los signos de Leo y Virgo; construyeron los egipcios una estatua con cabeza de muger y cuerpo de leon, á fin de personificar en cierto modo las inundaciones de su benéfico rio: esta figura fantástica recibió el nombre de Sfinge. Encuéntrase muchas en Egipto y hay algunas en París. La mas colosal de todas es la que se halla medio enterrada en la arena á poca distancia de la gran pirámide. Para formar una idea de las proporciones de esta, basta decir que solo los ojos tienen seis pies de largo. En estos últimos tiempos se ha escavado delante de este coloso, y se ha encontrado que era de una sola pieza de piedra, y que tenia construido un templo pequeño en su interior.

EL LABERINTO.—Hállase en Herodoto la descripción de un inmenso edificio que vió en Egipto; era todo de piedra. En su interior se hallaban mil aposentos, quinientos sobre el nivel del suelo y quinientos debajo. Hallábanse distribuidos de tal manera estos diversos aposentos, que las personas

que penetraban en el interior de aquel edificio no podian volver á encontrar la puerta por donde habian entrado. Los griegos llamaron á este edificio *laberinto*.

LOS HERMANOS DE SANGRE EN MADAGASCAR.

En algunas partes de la Grecia antigua los jóvenes guerreros contraian entre sí fraternidad de armas, y hacian el solemne juramento de morir los unos por los otros.

Las tradiciones populares han conservado de siglo en siglo esta caballeresca costumbre, y en la moderna Grecia en el tiempo de la dominacion de los turcos, los palikares, la víspera de un combate se comprometian recíprocamente con ceremonias mezcladas de poesia y religion, á ayudarse entre sí y defenderse aun á riesgo de su vida.

Si parece una cosa natural que esta costumbre de la antigüedad haya permanecido viva sobre la tierra de los recuerdos clásicos, no deja de causar algun asombro el encontrarla en vigor en poblaciones salvajes, en los negros, en los habitantes de la isla de Madagascar, á los que es difícil suponer el conocimiento de lo que hacian los ciudadanos de Esparta ó de Tebas. Y lo que debe escitar todavia mas la sorpresa, es que tal como la practican los negros de Madagascar, esta costumbre lleva un carácter de civilizacion mucho mas pronunciado que el que ofrecia en la antigua Grecia.

No es solo una garantía contra los peligros de la guerra lo que aquellos habitantes buscan en estas uniones: los *hermanos de sangre* hacen voto recíproco de consagrarse absolutamente en todas las circunstancias de la vida, y cada hermano acepta como suyos los parientes, los amigos de su hermano adoptivo. La creacion de esta fraternidad tan poderosa y solemne se verifica y se consagra con las mas grandes formalidades.

Cuando dos jóvenes del Madagascar, estraños el uno al otro, quieren hacerse *hermanos de sangre*, anuncian con anticipacion su proyecto á sus familias, á fin de que estas examinen la condicion, la moralidad del nuevo miembro que van á recibir en su seno.

Cuando todo se ha encontrado bueno y conveniente, se fija un dia para la celebracion de la ceremonia. Toda la poblacion de las aldeas inmediatas se convoca por los gefes, que á hora señalada se sientan en tierra formando un círculo á cuyo alrededor se apiña la muchedumbre. El personage mas considerable de la asamblea presenta una azagaya á los dos hermanos que cada cual la coge con la mano derecha, manteniéndose en pie en frente el uno del otro. Colocados así, juran prestarse un mútuo socorro, tanto en paz como en guerra, no abandonar jamás á sus parientes comunes y formar una misma causa en todo tiempo, lugar y circunstancias.

Después de contraído así este compromiso á la faz de la nacion, se da á cada uno de ellos un instrumento cortante y un pedazo de torta de maiz.

Hácese entonces una ligera incision en el pecho, recogiendo la sangre que de ella corre con los pedazos de torta, y cambiándolos después de empapados se la comen.

Terminado este acto simbólico dejan la azagaya ó arco

que han debido mantener siempre, hasta entonces con mano firme; despues se abrazan y reciben las felicitaciones y enhorabuenas de la muchedumbre.

Verificadas estas ceremonias, los gefes, los parientes, los amigos, sentados sobre esteras, ingeniosa y primorosamente trabajadas, toman parte en un espléndido festin, cuyos gastos pagan los dos hermanos.

Durante la comida en la que reina la mas bulliciosa alegría, la conversacion versa esclusivamente sobre la solemnidad del día, las circunstancias que en ella han mediado, los ejemplos memorables de *los hermanos de sangre* y los deberes que imponen á los nuevos hermanos los indisolubles vínculos con que acaban de unirse.

Mientras que los grandes personajes asisten á este banquete oficial, preparado siempre en la mansion del gefe principal, la multitud esparcida sobre la yerba y á la sombra de los árboles hace tambien su comida.

Satisfecho ya el apetito de todos, los gefes al salir del salon del festin, dan la señal de los juegos, de los bailes y de los conciertos, que terminan una ceremonia cuyos detalles tan extraordinariamente contrastan con la opinion tan generalmente admitida de que las poblaciones negras se hallan en un estado de entera barbarie.

SANTOS GONZALEZ.

ALDEANOS DE LA CERVARA.

Cervara es una pequeña ciudad de la tierra de Labor en Nápoles.

Sus habitantes son graciosos y tienen impreso en su rostro ese tipo particular de los hijos de aquella parte afortunada de la Italia. Las mugeres, aun las del pueblo bajo, tienen ojos cuyas miradas de fuego arrebatan; noble estatura y delicados contornos que recuerdan los modelos de las magníficas estatuas que nos ha legado la escultura de los griegos y de los romanos. Su pintoresco traje realza sus gracias y hermosura.

Viviendo en una tierra donde todo respira el placer, sus habitantes se dedican á él con el mas dulce abandono, y despues del trabajo de las labores del campo ó de la pesca en aquellas deliciosas costas, se entregan á la música, á cuyos deliciosos ecos se hallan acostumbrados desde la cuna.

A la caída de la tarde se ven las familias en grupos en que con dificultad se encuentra un rostro que no sea bello, tocando la tarantela, baile delicioso é indígena de todo el reino de Nápoles, y que nuestros lectores habrán aplaudido mas de una vez en los teatros.

El nombre de la tarantela viene de la tarántula, sobre la que se han contado tan originales historias.

La tarántula es una especie de araña cuya picadura produce realmente una irritacion nerviosa que alivia la música.

Cuando encuentra un cuerpo sano la herida no es peligrosa; empero si halla un germen viciado, la irritacion se hace crónica y no se cura ya.

Un médico del país á quien yo iba recomendado me dió sobre esto preciosos datos. El mismo me dijo se habia hecho picar por la tarántula en un brazo. Sintió los síntomas nerviosos de que acabo de hablar y ademas una gran desa-

zon en el estómago; pero se curó al cabo de algunos días.

Los médicos consideran en general como un cuento todo lo que se ha dicho sobre la picadura de la tarántula y el que produjese el tarentismo ó necesidad inmoderada del baile hasta la estenuacion. Tal vez hay que considerar en esto solo una de esas asociaciones de ideas tan comunes en los pueblos de ardiente imaginacion.

Se habrán asociado por un vínculo de la causa con el efecto, dos fenómenos distintos, que no tienen mas relacion que aparecer en los mismos lugares: en la existencia de la tarántula, animal muy comun en aquellos países se ha apoyado la existencia de la tarantela.

¡La tarantela! Todo el mundo la conoce: es una danza, es un baile volcánico como las emociones que espresa: es la historia de una pasion meridional en todas sus edades, en todas sus fases. Todo gesto es una idea, toda postura un sentimiento.

El baile es contenido en un principio, púdico, irresoluto, encantador emblema de los íntimos combates de un silencioso amor: despues, cuando la pasion se desborda y triunfa, se anima el baile, se exalta y pasa de la timidez á la audacia. Se resiste y ataca: se retrocede y persigue, arrastra la pareja y embriagada bacante. Bacante en delirio se precipita como ciega al placer, á la voluptuosidad.

Para apreciar este poema cuyo héroe es el amor, y en el que se le ve nacer, crecer, luchar y vencer, es preciso verlo bailar bajo el cielo que lo ha inspirado, y por el pueblo que lo ha compuesto. Es preciso ver á las bellas cervaranas y á cualquiera de las aldeanas de los pueblos de Nápoles, dar vueltas sobre el césped con las castañuelas en la mano, al son de la guitarra y del pandero adornado de cintas y cascabeles.

La tarantela que vemos bailar algunas veces en el teatro, no es mas que un pálido reflejo de aquel delicioso baile.

Yo recuerdo y recordaré siempre con placer, cuando veia en algunos pueblos de Italia, á la caída de la tarde, reunidas alrededor de una fuente ó bajo de una encina, deliciosos grupos de aldeanos y aldeanas, los mozos con sus guitarras, las muchachas con sus castañuelas y panderetas, que allí tomaban en comun una campestre merienda, el rústico fiasco circulaba de mano en mano, despues se bailaba, hasta que la noche echaba á sus cabañas á los gozosos actores de estas improvisadas pastorales.

En efecto, allí estos bailes son otros tantos idilios enteramente hechos, que no aguardan para pasar á la posteridad sino la musa de Teócrito, ó de algun otro célebre poeta.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SAN PABLO Y SÉNECA.

Seneca es con frecuencia cristiano, nos dice Tertuliano. ¿Y quién, en efecto, despues de haber leído algunas páginas del preceptor de Neron, no reconoceria en ellas el soplo evangélico, el soplo de los nuevos tiempos, que dulcifica la dura filosofía antigua, y que inspira al escritor sentimientos desconocidos hasta entonces de dulzura, de humanidad, de compasion fraternal, una creencia mas elevada y mas fuerte

en Dios y en la inmortalidad del alma? Un elemento nuevo ha penetrado en la sociedad, y los *hombres del progreso*, como se dice en nuestros días, aun cuando entonces no se consagraban enteramente á estas doctrinas, retuvieron de ellas alguna cosa. Entre los hombres del progreso, curiosos de las ciencias y de las ideas extranjeras, ninguno en la época de Neron fué mas notable que el español Séneca el filósofo, el escritor, el trágico; y no puede dudarse que, viendo producirse en torno suyo un hecho tan admirable y asombroso como el cristianismo, oyendo una doctrina tan nueva como la predicacion evangélica, hubiese tratado de profundizar este hecho é instruirse en su doctrina: que no la hubiese comprendido y admirado, y que no se hubiese mezclado dulcificándolos en los principios de la filosofía estoica que profesaba. Ninguno se hallaba mejor colocado que Séneca para conocer el Evangelio y recibirle de la boca misma de los apóstoles; feliz si hubiese sabido aprovecharse de aquel inestimable favor.

En el año 52 de Cristo, San Pablo, el apóstol de los gentiles, comparecía en Acaya delante del procónsul Galion, que se cree era pariente de Séneca; dos años despues fué llevado preso á Roma, en donde fué entregado al prefecto del pretorio. Este prefecto del pretorio era Burrhus, el colega de Séneca. Dejado en libertad en Roma, bajo la custodia de un soldado, (Actas, XXVIII), el santo apóstol durante dos años *predica el reino de Dios, y enseña con una gran confianza todo lo que concernia á Jesucristo, sin que nadie se opusiese á ello*. Estiende sus conquistas en Roma, gana prosélitos hasta en el palacio de Neron, y entre sus confidentes, como lo testifican estas palabras con que termina su epístola á los filipenses: *Todos los santos os saludan, pero principalmente los de la casa de César*. Hizo este noble prisionero de Jesucristo *célebres en todos los pretorios sus cadenas* (1); predicó á tiempo, y contra tiempo; no dejó la antorcha bajo el celemin; mantuvo públicamente en Roma escuela de cristianismo; y Séneca, tan codicioso de ciencia y de filosofía, y tan al alcance de conocer al portador de la *buena nueva* ¿no hubiera tratado de instruirse en aquella doctrina que los sabios de Grecia le habían hecho ya presentir? No puede creerse esto, y puede creerse menos que San Pablo hubiera rechazado á aquel ilustre discípulo, el que se decia deudor con los ignorantes y los sabios (2).

Así, las huellas de la enseñanza cristiana se marcan evidentemente en el filósofo. No es cristiano; su alma encaadenada á las cosas de la tierra, á la ambición, á la voluptuosidad, no ha sabido elevarse hasta las sublimes alturas del desprendimiento y de la pureza evangélica: pero su espíritu ha comprendido, gustado, admirado, las profundidades y bellezas del cristianismo. Ha oído la doctrina celeste de los labios inspirados de Pablo; la ha visto confirmada, sellada con la sangre de los primeros mártires deramada por Neron. El recuerdo de los padecimientos y del valor de aquellos cristianos ignorados, se ve frecuentemente en sus cartas: pinta aquellos tormentos, lo que él llama las pompas del suplicio, el hierro, el fuego, los caballetes, los animales feroces lanzados contra un hombre, el palo que atraviesa el cuello y sale por la boca, la túnica tegida de todo lo que puede servir de alimento á las lla-

mas; y en medio de aquellos indecibles tormentos señalaba la víctima tranquila, sonriendo con todo su corazón, mirando los tormentos, y contemplando los sufrimientos desde lo alto. «El hombre de bien, dice, cuando ve la muerte ante sí no se turba como si fuese para él una cosa nueva. Que va á sufrir todo su cuerpo, que siente la llama en su garganta, que siente estenderse su brazo en el suplicio; no pregunta lo que va á sufrir, si no con que valor debe sufrirlo..... ¿Cómo había de temblar, añade, aquel para quien la muerte es una esperanza?» Estos pensamientos, estos sentimientos tan distantes de la antigua sabiduría, ¿no están evidentemente inspirados por el cristianismo y los mártires?

Séneca ha comprendido y admirado la doctrina de Cristo; empero la ha comprendido como hombre de mundo, como literato, como artista: y su corazón, gangrenado por los vicios de su época y entregado al sentimiento reprobado, no ha seguido el impulso de su inteligencia.

San Pablo, hablando en nombre de su divino Maestro, enseñaba el desprendimiento de las riquezas, y Séneca tenía magníficos palacios, deliciosas casas de campo; aumentaba su fortuna con rapiñas numerarias que sus contemporáneos mismos le vituperan como vergonzosas y degradantes; San Pablo hablaba con una firmeza generosa á las potestades de la tierra, prohibía la mentira y la adulacion, y Séneca aduló á Neron, por el envenenamiento de Británico y por el parricidio de Agripina, y recibió sin ruborizarse una parte de los bienes y del patrimonio del hijo infortunado de Claudio.

San Pablo predicaba la sumision á los príncipes de la tierra, y Séneca tomó parte en la conjuracion de Pison: San Pablo anatematizaba el homicidio, y Séneca, despues de haber hecho la apología de los crímenes de Neron se mató con sus propias manos, exhortando al suicidio á su muger Pompeya Paulina.

Séneca comprende, admira la sublime moral que predicaba San Pablo; empero ¡cuánto mas grandes son aquellos humildes cristianos condenados á muerte por Neron, que sin comprobar las máximas de Cristo y las de los filósofos las practican en la sombra y en el silencio y el día del martirio saben morir por ellas! Los sábios de este mundo verán en el último día aquellas almas humildes y sencillas, y dirán segun la enérgica espresion de la Escritura: «Hé ahí aquellos que mirábamos con desprecio y eran objeto de nuestros ultrajes! Nosotros insensatos solo apreciábamos su vida como una locura, y su fin como un oprobio, y hélos ahí sentados entre los hijos de Dios! ¡Su patrimonio es el de los santos! Hemos errado fuera de la via de la verdad, y la luz de la justicia no ha lucido á nuestros ojos, y el sol de la inteligencia no se ha levantado sobre nosotros. Estamos cansados en la via de la iniquidad y de la perdicion; hemos caminado por sendas difíciles y hemos ignorado la via del Señor. ¿De qué nos ha servido el orgullo? ¿Qué nos ha producido la ostentacion y las riquezas? Todas estas cosas han pasado..... Hemos nacido y de repente hemos dejado de existir y no hemos dado ninguna señal de virtud y nos hemos consumido en nuestra malicia. Hé aquí lo que dirán al ser condenados los que no han sido iluminados por la luz del Evangelio.»

(1) Epístola primera á los filipenses.

(2) Epístola primera á los romanos.